

FRONTISPICIO

BELISARIO RUIZ WILCHES

En el reino de lo inerte existe una sorprendente facultad excitativa llamada catálisis que es característica de muy pocos cuerpos. Basta la presencia de uno de ellos para que otros pongan en juego ciertas afinidades que de otro modo permanecerían ignoradas y ocultas. En el hombre, en el mundo intelectual —y con mayor razón en el sentimental— existe también este fenómeno. Todos lo hemos experimentado alguna vez en la vida. Hay seres cuya sola presencia apaga o ilumina nuestro cerebro, acelera o retarda los latidos de nuestro corazón. Y su acción poderosa puede extenderse a un grupo, a un gremio, a un vasto conglomerado humano. Si se nos preguntara la razón de ser de tal hecho, en muchas ocasiones no acertaríamos a explicarlo satisfactoriamente. Es facultad íntimamente ligada a ese algo imponderable e indefinible que constituye la personalidad. Especie de varita mágica capaz de obtener, como la de Moisés, claros torrentes de agua de las más duras rocas. Afortunadas las sociedades que cuenten en su seno con tan selectos personajes que abonan el ambiente y hacen producir, produciendo ellos mismos, opimos frutos en el campo de la ciencia o del arte!

Ruiz Wilches, de noble estampa intelectual y física, fue un eminente hombre de ciencia y un catalizador sin segundo. Ciertamente, contemporáneos suyos hubo de mente más disciplinada, matemáticos de mayor densidad, ingenieros de más vastas realizaciones materiales, eruditos de mayor universalidad, pero ninguno —en nuestro medio— poseyó su rara y seductora personalidad. Ninguno su “it”, su “sex-appeal” (como ahora se dice) para doblegar y encauzar voluntades hacia nobles empresas de la inteligencia. Tenía algo de taumaturgo y de profeta. Fue un intuitivo a la manera de los grandes genios. Señalaba la ruta con precisión y abría la trocha en la maraña de la selva. Otros calculaban el rumbo y la distancia. Su larga cabellera —blanca en los últimos años— era un estandarte y un símbolo. Símbolo y bandera amables y claramente visibles para quienes nos encontrábamos, como simples soldados, entre la muchedumbre.

Académico, viajero, profesor universitario, hombre de sociedad, astrónomo, geógrafo, delimitador de nuestras fronteras, cartógrafo, en todos esos campos dejó huella perdurable. Al estilo socrático, enseñó más de viva voz que por escrito. Más con el ejemplo de su propia vida que en la cátedra, ante el negro pizarrón. Al calor de su amistad cordial, como dijimos alguna vez, se forjaron muchas vocaciones de geógrafos y astrónomos. Y ello es rigurosamente exacto. A su llamado patriótico acudieron jóvenes colegas que lo rodearon filialmente, devotamente, ansiosos de estudiar y de aprender, y que luego marcharon a la selva, a las altas montañas o a las ciénagas. Así se formaron geodestas y cartógrafos. Así nació el Instituto Geográfico.

El profesor Ruiz Wilches logró obtener de los altos poderes gubernamentales los recursos y las más amplias autorizaciones para fundar tal centro. A sus jóvenes colaboradores les predicó sobre la trascendencia patriótica de la empresa y sobre su importancia científica y técnica. Ello era, en verdad, la compensación, pues únicamente les prometió penalidades y fatiga y —como en el poema inmortal de Valencia— “toda la fiebre, toda el hambre, la sed sin agua, el yermo sin hembras...” Pero ellos lo siguieron generosamente, abnegadamente, desinteresadamente. Y ahí está en marcha la institución, orgullo de la patria. Que ha sido señalada por autorizados centros científicos del Continente como modelo en su género. Que hoy exhibe una obra laudable por su calidad y cantidad. Y que ha contribuido a crear un ambiente favorable al desarrollo de nuestra cultura.

De la estirpe intelectual de Mutis, de Caldas, de Codazzi, de Garavito y de Alvarez Lleras, Belisario Ruiz Wilches merece bien de la patria. Sobre la carta aerofotogramétrica del país, tal como él lo previó, vemos ya un ejército de científicos, geólogos, geógrafos, naturalistas, químicos, arqueólogos, agrónomos, ingenieros, estudiando nuestros recursos naturales a fin de explotarlos técnicamente, trazando vías de comunicación, cambiando el curso y el caudal de los ríos para hacerlos más útiles, inquirendo la composición de los suelos con el objeto de mejorarlos y obtener así abundantes cosechas, proyectando plantas hidroeléctricas, planeando la utilización racional de bosques, organizando campañas sanitarias para beneficio de hombres, animales y plantas, escudriñando los misterios arqueológicos, auscultando e interpretando el respirar de nuestra corteza terrestre para adivinar su composición o prevenir catástrofes etc., edificando, en síntesis, una patria mejor y más próspera.

Loor, pues, al ilustre colombiano que “PEDES IN TERRA AD SIDERA VISUM” hizo posible, agradable y fácil esta investigación en grande escala. Que hasta su tumba recién abierta llegue el eco creciente de la gratitud nacional.

José Ignacio Rey



BELISARIO RUIZ WILCHES